



CAPITULO I.

Los seis ósculos del Esposo.—Su pecho.—Su nombre.—Las Hijas de María.—Los perfumes.—El gabinete.—Negra y hermosa.—Las viñas.—El medio día.—Los rebaños de cabritos.—La real carroza.—La tórtola.—Los collares.—El nardo, la mirra y el cipro.—El lecho de flores.—El techado de cedro y ciprés.—Voz de María.

VERSO I.

«Bésememe con el beso de su boca.»

Para la mejor inteligencia de cuanto habemos de decir, comenzaremos advirtiéndole, que en el Cántico hablan cuatro interlocutores; por una parte el Esposo y la Esposa, que alternativamente llevan casi siempre la palabra; luego los jóve-

nes compañeros del Esposo y las jóvenes compañeras de la Esposa, que, conforme á las costumbres del Oriente, los seguían por todas partes en los días que duraba la celebración de las bodas. Unos y otras se ven claramente indicados en el Evangelio en aquellas parábolas en que habla Jesucristo de los que «aguardan á su Señor hasta que venga de las bodas» (Luc. XII. 36) y de las diez vírgenes que salieron al encuentro del Esposo y de la Esposa. (Math XXV). Lo difícil en el divino epitalamio, es el conocer cuándo hablan uno ú otro de los esposos, ó cuándo los compañeros ó las compañeras, pues aunque el singular y el plural bastante indican, todavía puede atribuirse el plural á uno solo que habla en nombre propio y de sus compañeros, ó puede ser de los amigos del Esposo y de la Esposa. Aun la voz de estos dos suele confundirse, y los santos Doctores entienden á veces dichas por la Esposa, las mismas que otros atribuyen al Esposo. Pero todo esto cede en mayor provecho, porque así se multiplican los sentidos y las inteligencias, lo que redundará en mayor glo-

ria del Señor y en nuevas alabanzas de su Madre Inmaculada.

Todos, empero, convienen en que en el primer verso, las palabras son de la Esposa, que en un arranque del alma interpela á su Esposo pidiéndole una caricia misteriosa, ó, más bien, mostrando su deseo sin dirigirse á él desde el principio: «Bésame con el beso de su boca.» Mas ¿por qué es ella quién rompe el silencio la primera? ¿No parece esto en cierto modo indebido á su sexo y que sería más oportuno el que tomase la iniciativa en la palabra el Esposo? Así pudiera parecer si sólo viésemos la corteza de las cosas; pero como todo en el divino Cantar es místico y figurativo, no tenemos qué hacer sino preguntar á los santos y doctores, la razón de esta entrada como intempestiva de la Esposa. Oigamos, pues, al Abad de Buena Esperanza, Felipe: «Como en este drama, dice, hablan cuatro personas entre sí, ocurre preguntar: ¿Por qué es la Esposa la que desde luego se apresura á tomar la palabra, cuando parecería más conveniente el hacerlo al Esposo como más digno. Más

por esto se nos da á entender, que la Virgen María no es ignorante que necesite ser instruída, sino profunda conocedora de las palabras de los profetas que la precedieron, cuyo sentido investiga.» (Lib. I. in Cantic. cap. I.) Para cuya inteligencia es de advertir, que los patriarcas, en la antigua Ley, no cesaban de llamar al Justo, ya como á un recío de los cielos, ya como un germen de la tierra; ni los profetas dejaban de anunciarlo sembrando en sus escritos los más minuciosos detalles de sus dolores y de sus glorias; y este mismo verso del Cántico, dice Santo Tomás, que es la voz de la antigua sinagoga que pide al Salvador bajo el símbolo del ósculo que es unión, para significar la de las dos naturalezas en el Mesías esperado. La Virgen Santísima, es, pues, la continuadora de los deseos de los justos, de los suspiros de los patriarcas y profetas; y así, continuando la oración y súplica de todos ellos y á nombre de toda la iglesia primitiva, y aun podemos decir, á nombre de la naturaleza humana toda entera, lanza el grito del deseo, el suspiro de la expectación, la

voz del amor anhelante, y en un exabrupto sublime, levanta su voz y exclama; «Béseme con el beso de su boca.» Y no nos sorprenda asegurar que habla la dulce Virgen á nombre de la humana naturaleza, pues el Angélico Doctor, hablando de la Anunciación, asegura que Dios pedía el asentimiento de María en lugar de toda la humana naturaleza» (3. q. XXX. a. 1. in c.); por lo cual no es extraño que la representara también en sus inmensos deseos de la venida del Redentor, y que á su nombre la solicitara ardientemente. Pero veamos más en particular lo que la Santísima Virgen pide bajo el símbolo de esa regalada caricia. Y pues que en la lengua hebrea se dice: «béseme de los besos de su boca», no sólo una, sino varias cosas, se piden en esas palabras:

El primer ósculo es la unión con Dios Trino y Uno; y si el corazón del hombre tiende á ella con ímpetu vehemente, ¿cuál sería la violencia divina con que esta celestial criatura la apetece? San Bernardo hace notar que en esta frase se indican las tres divinas Personas: al decir,

bésame, se le habla al Padre; *su boca*, es el Hijo, y *el ósculo*, que del Padre y de su boca procede, es el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo. Pide aquí, pues, la Inmaculada Reina, primeramente, la unión con la adorable Trinidad. Y Dios, entre todos los hombres y los ángeles, la ha escogido y predestinado, el Padre por Hija, y el Hijo por Madre, y el Espíritu Santo por Esposa. ¿Y cuándo se verificó este ósculo divino? Oigamos al Evangelio: «El angel le dijo: Ave, llena de gracia, el Señor es contigo.» Como si dijera: *Ave*, el Padre te saluda; *el Señor es contigo*, porque el Verbo va á tomar carne en tus entrañas; *llena de gracia*, porque el Espíritu Santo la ha difundido en tí copiosamente. Y oigamos todavía lo que sigue: «El Espíritu Santo sobrevendrá en tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra.» (Luc. I. 35.) Aquí tenemos, dice San Bernardo, al Altísimo, ó sea el Padre; la virtud del Altísimo, que es el Hijo, y el Espíritu Santo, toda la Santísima Trinidad acudiendo al llamamiento, realizan-

do el deseo, cumpliendo el voto de la Virgen María.

El segundo ósculo que pide, es el de deseo. Suspiraba con ansia por la venida del Señor; leyendo en Isafas que una Virgen le concebiría y le daría á luz, pedía á Dios ardientemente el conocer á aquella virgen felicísima, para servirla humildemente y de rodillas. Y es doctrina del piadosísimo doctor Suárez, y de otros teólogos, y concuerda con varias revelaciones, el que las súplicas de la Virgen María, apresuraron la venida del Redentor, y aunque mereció *de congruo* la divina Encarnación.

«Esta es, dice San Bernardo, la que obtuvo la reparación del mundo todo y la salud de todos; pues consta que por todos tuvo gran solicitud». (Serm. de Asumpt.)

El tercer ósculo, que pedía María Santísima, fué el de la Encarnación del Verbo divino, porque entonces se verificó en su castísimo seno la unión hipostática, uniéndose la Divinidad con la humanidad y cumpliéndose lo que dijo David, que «la justicia y la paz se dieron un

ósculo». Y así, cuando á la propuesta del ángel y á sus aclaraciones, respondió la humildísima Virgen: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra», fué como si dijera: béseme con el beso de su boca; lo que al instante se verificó, siendo aquel *fiat* de sus labios virginales, productor en cierto modo de la Encarnación, como el *fiat* de la boca de Dios lo había sido de la creación.

El cuarto ósculo deseado, fué el ósculo maternal y corpóreo, cuando, nacido el Niño Jesús, su dulce Madre respetuosa y amorosamente lo acariciaba, pues como dicen varones graves y piadosos, al tomar al Niño por vez primera en sus brazos, la divina Madre le dijo: «Bien venido sea mi Dios, mi Señor y mi Hijo»; y luego como á Dios besóle en los pies, y como á Señor en las manos, y en la boca como á su verdadero Hijo.

El quinto ósculo fue el de la doctrina; la dulce enseñanza de Jesús, de sus dulcísimos labios brotando, era suave y sabrosa como un ósculo á su humildísima Madre y discípula; y por eso el Señor, que sólo consagró tres años á instruir al

mundo con su predicación, quiso consagrar treinta á conversar é instruir á la Virgen María, que por eso es la Reina de los Apóstoles y la maestra de los evangelistas, como la han llamado los santos.

El sexto ósculo es la infusión de la gracia, puesto que es la gracia una participación del ser divino y nos une con Dios íntimamente. Y así, todas las gracias especiales hechas á la Reina del Cielo, son como otros tantos dulces ósculos que el Señor le concedió. Y por eso á todos los misterios de la vida de nuestra Señora, podemos muy bien acomodar esas palabras: su Concepción sin mancha fué como el primer ósculo que Dios le dió, infundiéndole la gracia y librándola de la culpa de origen; su nacimiento en que la presentó al mundo bella como la aurora, fué otro ósculo con que la preparó para que fuera precursora del sol de justicia; su admisión en el templo fué otro ósculo en el que se unió con ella, admitiendo su consagración y sus votos; en la Anunciación, como hemos dicho, recibió el ósculo real y substancial del Verbo, uniéndose á su carne inmaculada

en el Nacimiento de Cristo, era el ósculo filial correspondiendo al ósculo maternal de que hablamos; en la predicación era el ósculo de la doctrina; hasta en la Pasión, aquellas palabras: «Mujer, he ahí á tu hijo», eran como un ósculo sangriento y doloroso con que de ella se despedía; y cuando la visitó resucitado, fué como el ósculo de paz y de consuelo, después de las recientes amarguras. Por fin, el séptimo ósculo, podemos decir que es el de la visión beatífica, cuando la gran Señora, exaltada sobre los coros angélicos á los reinos celestes, fué colocada á la diestra de su Hijo, el Rey eterno, sentándose en un solio de estrellas como canta la Iglesia en la fiesta de su Asunción. ¡Cuán grande es, pues, María! ¡cuán hermosa! ¡cuán privilegiada entre todas las criaturas! ¡cuán amada y acariciada del Señor de cielos y tierra! ¡Y los hombres, sus hermanos, ¿podremos dejar de amarla? ¿Y sus hijas, sus hijas muy amadas, cómo no se encenderán cada día más en amor suyo?

“Porque mejores son tus pechos que el vino.”

Da la razón la Esposa del deseo que ha mostrado de la unión con el Esposo, y dice: «porque mejores que el vino son tus pechos.» ¿Qué significan estas palabras figuradas? Es como si dijera: «por haber gustado de celestes consolaciones, que manan de tu amor como del pecho de una madre, por eso aspiro al ósculo de tu boca.» Así, los pechos que lactan al infante, significan el amor del Señor que regala con consuelos y dulzuras maravillosas. El Señor se ha dignado compararse muchas veces en la Santa Escritura con el sexo femenino, que es el más tierno y amoroso con los hijos, para denotar el amor tierno, ardiente, profundo y desinteresado con que nos ama. Y así, unas veces se compara con el águila, otras veces con la gallina; otras con una nodriza (Oss. XI. 3) ó con una madre (Isaí. LXVI. 13); y como la Virgen Santísima, conocía más que nadie y sentía este amor tan tierno del Señor, por eso mejor que nadie puede alabar y ponderar la suavidad y dulzura, de su seno más que maternal. Que si se compara con el vino, esto es tanto como decir, según explican

los Doctores: La dulzura del Evangelio, es mejor que la autoridad de la ley mosaica (Santo Tomás). El Nuevo Testamento, la ley de amor y de gracia, es mejor que el Viejo Testamento y la ley de rigor y servidumbre; la doctrina del Salvador, es superior á las tradiciones de los fariseos; el pecho, las entrañas y el Corazón divino de Jesucristo, son mejores que todas las virtudes de los justos antiguos; la bondad y la misericordia del Verbo hecho carne, es mejor que el vino de la ira é indignación divina de que habla el Apocalipsis (Apoc. XIX. 15); las dos especies eucarísticas, con que el Señor nos alimenta en la Iglesia, son infinitamente superiores al vino y las carnes de los antiguos sacrificios; finalmente, la caridad para con Dios y con el prójimo (dice San Gregorio), es superior al tráfico del siglo y al cuidado de las cosas temporales. San Bernardo cree que esta frase son palabras de las jóvenes que acompañan á la esposa, y que ellas alaban los pechos de su Reina y Señora; y en este supuesto, el sentido es mas obvio, pues alaban la maternidad de María, repre-

sentada por sus pechos «hinchidos del cielo» como canta la Iglesia, y preciosamente alabados por aquella mujer que, representando á la Iglesia, decía al Señor: «Bienaventurado el vientre que te encerró y los pechos que te alimentaron.» (Luc. XI. 27.) Y la Iglesia, en el Oficio Parvo de Nuestra Señora, le canta regocijada en el himno de Landes, que por su belleza traducimos íntegro.

«Oh de las vírgenes la más gloriosa,
Entre los astros el más subido,
Que al que te creara, pequeño infante,
Nutres con pecho de leche henchido:»
«Lo que Eva triste nos ha quitado,
Tú lo devuelves con tu digno Hijo;
Y porque al cielo, los tristes entren,
Tú misma entreabres, María, sus qui-
(cios.)»

«Del Rey excelso tú eres la puerta,
De luz palacio refulgentísimo;
La vida dada por esta Virgen
Cantad, oh pueblos, ya redimidos!
Jesús, la gloria á tí sea dada
Que de una Virgen nos has nacido,

Y con el Padre y Espíritu Santo,
Por sempiternos siglos de siglos.

Amén.

VERSO 2.

*Fragantes como los mejores ungüentos:
óleo derramado es tu nombre,
por eso las jovencitas te amaron.*

Continúa la Virgen Inmaculada alabando los pechos del Esposo; y si primero los prefiere al vino de las humanas consolaciones, ahora los compara con los perfumes más exquisitos. Mas como el buen olor significa la buena fama y el buen ejemplo en las sagradas Escrituras, pues dijo el Sabio: «mejor es el buen nombre que los ungüentos preciosos» (Eccl. VII. 2); y el Apóstol San Pablo, hablando de los cristianos: «Somos para Dios el buen olor de Jesucristo» (2 Cor. II. 15); de aquí es que, la fragancia del Salvador, son los dones del Espíritu Santo de que estuvo colmado, pues como dice San Pedro:

«Ungióle con el Espíritu Santo y la virtud». (Act. X. 38), y ya David había anunciado que Dios le ungiría con su gracia (Psalm. XLIV.) Ve, pues, María, que la virtud y gracia de Cristo, con que el Eterno Padre le ungió, son superiores á todos los dones, gracias y virtudes que se confirieron, no sólo á Moisés y á todos los Padres, profetas y patriarcas, sino también á todos los santos juntos, y aun á los nueve coros angélicos; y así, admirando la gracia copiosa del Salvador, y alabándola con magnánimo corazón, exclama: «porque sus pechos son más fragantes que los mejores ungüentos».

Ahora bien; como la fragancia que sale de un foco odorífero, se suele comunicar á los objetos que se le acercan, así la fragancia de Jesucristo se adhiere á sus fieles, y comunica por ello entre todos, el olor de su conocimiento, como dice el Apóstol (2. Cor. II. 14); pero en especial á la Virgen María, que tan cerca estuvo del Señor, que vivió treinta años en su compañía, que le trajo nueve meses en sus purísimas entrañas; ¡cuán olorosa, cuán fragante no la dejaría el Señor con

su celeste aroma? Por eso el ángel la llamó llena de gracia; y los Padres aseguran que todos los dones, todas las virtudes que en los santos puedan encontrarse, en ella se encontraron reunidos; y que así como á la congregación de las aguas se llamó *mária*, en latín (que significa *mares*), así á la congregación de las gracias se llamó María. Y no sólo las gracias de los Santos, sino otras especialísimas que ellos no tuvieron jamás, se reasumieron en esta Virgen admirable: como su Concepción sin mancha, su Maternidad divina, su perpetua virginidad unida con la maternidad, su ascensión en cuerpo y alma á los cielos. Por eso la Iglesia, para significar esta fragancia suavísima de todas las gracias y virtudes en la Reina de los ángeles, la compara con toda clase de plantas odoríferas, aplicándole tantas veces aquel pasaje del Eclesiástico: «Como la canela y el bálsamo aromático dí el olor; como la mirra escogida respiré suavidad; como la viña hice sentir mi aroma.» (Eccli. XXVI. 20).

San Bernardo y el Abad Ruperto aplican á la Virgen María las palabras de es-

te verso, y entienden que se alaban en él sus gracias, dones y virtudes. Y por eso podremos decir de ella aquel encomio de la Escritura: «Muchas hijas amontonaron riquezas; pero tú sola á todas las superaste (Prov. XXXI. 29).

Oleo derramado es tu nombre.

Compara la Virgen María el nombre del Señor con el óleo, y nadie como ella conoció y penetró las grandezas y las dulzuras de su nombre adorable. En la antigua ley era el nombre de Jehová tan imponente y tan grandioso, que al leerlo en la Escritura no se atrevían á pronunciarlo y ponían otro en su lugar, y así dice David: «Santo y terrible es su nombre, y su justicia permanece por los siglos de los siglos» (Psalm CX. 9). Mas cuando el Verbo se hizo carne, entonces el nombre del Señor encerrado y como guardado en el seno del Padre, descendió y se derramó entre los hombres; y «llamóse su nombre Jesús» (Luc. II. 21). ¡Cómo la Virgen soberana que venía á

ser como el Vaso sagrado en que este óleo, cayendo de lo alto, se derramó, no sentiría sus divinas influencias? Ya explicó maravillosamente San Bernardo, que el nombre de Jesús es (como el óleo) luz que ilumina, predicado, manjar que nutre, meditado, medicina que cura, invocado, ¿con qué torrentes de luz no alumbraría á su divina Madre? ¿cuán dulcemente no la nutriría? ¿cuán especialmente no la salvaría, de un modo único, aplicándole su sangre como antídoto, y no dejándola manchar ni un solo instante por el pecado de origen? Por eso estaba ella tan reconocida magnificando á Dios su Salvador y á su nombre Santo. Pero además de esta inteligencia, las mismas palabras se aplican á la Virgen Santísima: y no sólo San Bernardo de Ella las entiende, sino que la Iglesia al aplicarle en el Oficio Parvo las que siguen: «las jovencitas te amaron *mucho*», da á entender que las primeras de Ella hablan. Es sabido que el nombre de María es, después del de Jesús, el más dulce, el más suave, el más misericordioso; Ella también, como el óleo, es luz que alumbray

medicina que cura; por eso se llama Madre de la Luz y Salud de los enfermos. Y el mismo melífero Doctor, que tan bellamente ensalzó el nombre de Jesús, es el que ha dicho primores del de su Santa Madre. Y aunque sus palabras son tan conocidas, repitémoslas aquí, para endulzar con ellas nuestro discurso: «Y el nombre de la Virgen es María. Digamos algo de este nombre que significa estrella de la mar». Muy justamente se llama estrella, la que sin lesión da á luz á su Hijo, como sin corrupción emite su rayo la estrella; Ella, levantada sobre este grande y espacioso mar del mundo, es la clara y linda estrella que resplandece con sus méritos é ilustra con sus ejemplos.

¡Oh alma que en este mundo, más que andar sobre la tierra, te sientes navegar en un mar de tormentas y tempestades, jamás apartes los ojos del fulgor de esta plácida estrella, si no quieres ser tragada por la furia de las olas! Si se levantan los vientos de las tentaciones, si das en los escollos de las tribulaciones, mira á la estrella, invoca á María: si las olas de la soberbia, de la ambición, de la de-

tracción ó de la envidia te combaten, mira á la estrella, invoca á María; si la ira ó la avaricia, ó la concupiscencia de la carne empujase la navicilla de tu alma, mira á María; si turbado por la enormidad de tus delitos, confundido por la fealdad de tu conciencia, ó aterrorizado con el rigor del juicio divino, comienzas á sumergirte en el abismo de la tristeza y de la desesperación, piensa en María. En los peligros, en las dudas y angustias, piensa en María, invoca á María. Nunca se aparte de tu boca ni de tu corazón, y no omitas la imitación de sus virtudes, para que impetres el auxilio de sus súplicas. Si á Ella sigues, no te descaminas; si á Ella ruegas, no pierdes la esperanza; si en Ella piensas, no yerras; si á Ella te arrimas, no caes; si Ella te protege, nada temas; si Ella te guía, no te fatigas; si te es propicia, arribas felizmente; y así experimentarás en tí mismo con cuánta razón se ha dicho: «Y el nombre de la Virgen es María. (Homil. 2. sup. Miss. est.)»

Por eso las jovencitas te amaron.

El óleo derramado es el Verbo encarnado; y por eso las almas le amaron, porque se dió á conocer, á tratar y á querer viviendo entre nosotros, y hecho en todo semejante á nosotros, fuera del pecado. Y así antes de la Encarnación, Dios era sólo temido, y se decía: «No nos hable el Señor, no sea que muramos» (Exod. XX. 19); mas una vez hecho el Verbo carne y habitando entre nosotros, ¡qué amor no ha excitado en los corazones! ¡cuántos millones de mártires le han dado el mayor testimonio de amor derramando por él su sangre entre terribles tormentos! ¡cuántas almas han huído del mundo y poblado los claustros y los desiertos para mejor servirlo! «Óleo derramado es tu nombre, por eso las jovencitas te amaron.»

La Iglesia misma nos autoriza á aplicar estas últimas palabras á la Virgen María, pues se las aplica en su oficio, y aun añade como San Bernardo: «las jovencitas te amaron mucho.» El nombre

de María significa Señora, Reina y Soberana. Y como es Reina de misericordia, de la cual el óleo es un símbolo, muy bien se dice que su nombre es óleo derramado. Derramando su misericordia entre todos los mortales, cautiva á las almas y las atrae á su amor y servicio. Después de Jesucristo, nadie hay ni nada á que se profese tan ardiente amor como á su divina Madre: prueba de ello son los templos que se le erigen, las peregrinaciones numerosas á sus santuarios, las órdenes religiosas que se le consagran, los libros que se escriben de Ella y para ella, la coronación de sus imágenes, las innumerables cofradías que la invocan, las insignias exteriores, que son como libreas de sus siervos, con que gustosos se atavían. Mas advirtiendo que en el hebreo, la voz jovencitas, quiere decir más propiamente vírgenes, doncellas, no podemos menos de aplicar estas palabras á la dulce y amada Asociación de las Hijas de María Inmaculada. Esta Asociación, fundada por las hermanas de la Caridad en sus escuelas y obradores y continuada por los misioneros de San Vicente de

Paúl, había sido anunciada por la misma Virgen Santísima á la Hermana Catalina Labouré, la misma á quien se le mostró la visión que dió origen á la medalla milagrosa; dijo, pues, á esta buena alma, la Madre de Dios, que se estableciera una agregación de doncellas en honor suyo: que á ella confluirían las pobres en gran número, y que celebrarían sus fiestas con gran solemnidad; todo lo cual vemos literalmente cumplido, habiendo solamente en nuestra República, cuando esto se escribe (en 1903), más de treinta mil jóvenes que componen la Asociación de Hijas de María, siendo de la clase pobre en su mayoría. Estas doncellitas «la amaron mucho», pues por Ella guardan gustosas la virginidad; por Ella huyen de los bailes y teatros; por Ella dejan las pompas del mundo que á su edad tanto seducen; por Ella se atraen con su vida cristiana y retirada, no solamente las burlas y mofas de los mundanos, sino á veces, aun horribles y atroces persecuciones. Pero «la amaron mucho»; y como el amor es fuerte como la muerte, conforme á este mismo Cántico, de allí es que todo lo

sufren con paciencia y hasta con alegría por su querida Madre, y perseveran firmes hasta la muerte en su dulcísimo servicio. Otras muchas asociaciones hay de Hijas de María, ya en las casas de los PP. de la Compañía de Jesús, ya en las de las Damas del Sagrado Corazón de Jesús, ya en las casas de los Misioneros Hijos del Corazón de María, ya en las de los Salesianos; pero en ninguna de ellas se trata de solo las jóvenes doncellas, sino que abren sus puertas á todos los estados, y algunas á los dos sexos, juntando al pueblo cristiano al amor y servicio de la Virgen María.

Todas éstas la aman ciertamente, pues por su amor se afilian en sus banderas; pero las que hacen profesión de la virginidad y sacrifican los placeres del siglo, claro es que éstas la aman mucho, como dice la antífona del Oficio Parvo. Y todas han corrido tras el olor de sus unguentos, pues todos han sido atraídos por su dulzura, por sus bondades, por sus virtudes y sus excelencias.

VERSO 3.

Tráeme: tras de tí correremos al olor de tus unguentos.

Es la Esposa la que habla aquí al Esposo, en su nombre y en nombre de sus compañeras; por lo cual primero dice: «tráeme á mí»; y después añade, como hablando por sí y por las otras: «y tras de tí correremos.» Es la Iglesia, dicen los Santos Padres, que encantada de las gracias y la dulzura de Jesucristo que había nacido, le pide con instancia que la atraiga para gozar de sus delicias, y aun más para imitar sus ejemplos y sus virtudes. Y pide ser atraída, porque sabe que la naturaleza, sola, no puede ir á Dios, sino llevada por la gracia; por lo cual, Cristo decía: «nadie puede venir á mí, si mi Padre no lo trajere» (Joan. VI. 44); y principalmente cuando se trata de cosas arduas y elevadas, pues dice el mismo divino Maestro: «Si yo fuere levantado de la tierra, todo lo atraeré á mí mismo (Joan. XII. 32). Es, pues,